

C. Arq. Manuel Fermín Villar Rubio, Rector de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí

Respetables autoridades y honorable público que nos acompaña

Mucho me honra el haber resultado ganador del Premio Nacional a la Investigación Socio Humanística, Científica y Tecnológica 2012 que otorga la Universidad Autónoma de San Luis Potosí. Este reconocimiento, es, sin duda, un gran aliciente para continuar con mi carrera científica y constituye un motivo de orgullo para mí y para mi grupo de investigación en el Cinvestav. Debo enfatizar, sin embargo, que este premio no habría sido posible sin el apoyo y la colaboración de diversas personas, a las cuales quiero dedicar unas líneas de agradecimiento.

Primero, quiero dedicar este premio a la memoria de mi padre, Carlos Artemio, quien falleciera hace casi 2 años, víctima de Alzheimer. De él aprendí que la disciplina y la responsabilidad son indispensables para lograr nuestras metas. Fue también él quien me inculcó el amor a los libros y quien muy pronto entendió que yo tenía madera para ser científico y me apoyó en todo lo necesario para completar mis estudios. Aunque él ya no me recordaba hacia el final de sus días, su recuerdo vivirá en mí para siempre.

También quiero dirigir un agradecimiento muy especial a mi madre, Victoria, con quien siempre estuve muy unido cuando vivía en mi natal estado de Chiapas. De ella heredé la pasión por el trabajo y parte de su enorme entereza para luchar contra la adversidad. Fue ella quien me enseñó a leer y de quien aprendí que no hay obstáculo suficientemente grande como para no poder ser sorteado.

Agradezco también a mi esposa, Lupita, cuyo apoyo ha sido fundamental para que yo pudiera desarrollar mi carrera científica. Pese a que ella también tiene un empleo de tiempo completo, ha sabido soportar, a lo largo de 16 años de matrimonio, mis múltiples ausencias y mi cada vez más complicada agenda de trabajo.

A mis dos hijos, Carlos Felipe y Víctor Eugenio, agradezco también su paciencia y su tolerancia por mis ausencias (en cuerpo y en mente). Ellos saben lo mucho que los quiero, aunque no siempre esté ahí para demostrárselos.

A mis estudiantes y colaboradores de diversas partes del mundo agradezco el excelente trabajo que me han permitido realizar con ellos. Es ese trabajo, y no el que yo he hecho en solitario, del que me siento más orgulloso y al cual, seguramente, debo este premio.

Mi institución merece también un especial agradecimiento. Y es que el Cinvestav es, con certeza un sitio ideal para generar conocimiento, no sólo por su ambiente tan liberal de trabajo, sino también por la inspiración que proporcionan los grandes científicos que en él laboran.

Quiero ahora compartir con ustedes una breve reflexión sobre lo que para mí ha significado ser científico.

En mi infancia, quise ser muchas cosas, antes de decidir ser científico. Recuerdo que me gustaba la lucha libre y que admiraba a los actores de circo. También quise ser escritor y alguna vez amé mucho el cine. También llegué a creer, erróneamente, por supuesto, que lo

mío sería la electrónica. Sin embargo, fue hasta el verano de 1985, al tener mi primer contacto con una computadora, cuando supe a qué me dedicaría el resto de mi vida.

Claro que el camino no ha sido fácil. De hecho, muchos me preguntan por qué cursé una licenciatura en ingeniería civil y no en informática. La respuesta carece de romanticismo: no sabía qué otra cosa estudiar y como mi padre era ingeniero civil, estudiar la misma carrera parecía tener sentido en aquel entonces. Claro que tampoco habían muchas opciones, pues en aquellos días, estudiar computación en Tuxtla Gutiérrez no resultaba fácil. Sin embargo, una vez concluídos mis estudios de licenciatura, y en un acto de extraordinaria serendipia, logré obtener una beca de la Secretaría de Educación Pública para cursar estudios de maestría y de doctorado en ciencias de la computación en la Universidad Tulane, en Estados Unidos. Los 5 años que pasé en Tulane cambiaron para siempre mi vida, pues aprendí no sólo sobre ciencias de la computación, sino también sobre cómo estudiar realmente por mi cuenta y sobre cómo sobreponerme a la adversidad. Trabajé y estudié mucho, pero con la pasión del que descubre finalmente su propósito en la vida. Fue también en Tulane donde supe que me dedicaría a la computación evolutiva, desde aquel día de 1993 en que, por accidente, me topé con un artículo sobre el uso de algoritmos genéticos en un problema de optimización estructural. También fue allí donde decidí realizar mi tesis doctoral en torno a la optimización multi-objetivo, sin saber que esa área, entonces incipiente, se volvería un tema de investigación inmensamente popular con los años venideros.

Creo firmemente que la vocación científica no es algo que pueda aprenderse en alguna escuela. Aprendemos el método científico, por supuesto, pero la pasión por descubrir y el amor por el conocimiento, creo que son cosas con las que nacemos. Ser científico, si bien requiere varios años de estudio, no es realmente tan difícil. Lo difícil es ser un buen científico. Y es que los logros científicos suelen pasar por la entrega, la dedicación y la paciencia, pero rara vez se cruzan con la riqueza. De ahí que resulten poco atractivos para tantos jóvenes de hoy día, muchos de los cuales tienen grandes aptitudes para la ciencia.

El que ama la ciencia, suele tener sus triunfos más grandes en silencio y sus héroes anónimos son aquellos que comparten su pasión por resolver lo inescrutable. Cuentan que el día en que John Bardeen logró completar un descubrimiento por el que después recibiría su segundo premio Nobel en Física, fue a su casa a cenar con su esposa y simplemente le dijo: “hoy tuve un logro importante en la oficina.” Supongo que explicar a un no iniciado cómo logró derivar una teoría que explicara la superconductividad no sería tarea fácil, por lo cual pensó que resultaría más apropiado festejar el importante logro en silencio.

Pero el legado más importante para todo científico es no sólo el robar a la naturaleza algunos de sus secretos. También tenemos la responsabilidad moral de formar a las nuevas generaciones de científicos, de difundir entre nuestros jóvenes y niños el interés por la ciencia, y de servir a la sociedad que, de alguna forma, patrocina nuestro trabajo. Sólo así, podremos considerar completa nuestra (a veces tortuosa, pero no por ello menos placentera) tarea de hacer ciencia.

Muchas gracias.